

EL GESTO DEL PROFETA

Por
Germán Espinosa

There is nothing in the Cosmos, either in the material plane or in the spiritual plane, which cannot be directly cognized (...). The present time is not very favorable, but the wisdom is there.

MEDITATIONS OF MAHARISHI MAHESH YOGI.

Mi Maestro me llamó y me dijo:

—Pronto voy a morir y debo dejarte preparado para la muerte. Hace años te enseñé que la muerte no consiste sino en el paso de uno a otro tiempo, o en otras palabras, en nuestro ingreso espacial y geométrico en el Nuevo Tiempo. De ello hemos tenido ya una experiencia parcial en los sueños. Pues bien, te aseguro que quien sea capaz de ejercer dominio sobre sus sueños mientras sueña, dominará asimismo sus estados de ser en la otra vida.

Me miró perentoriamente y agregó:

—Yo mismo te enviaré un sueño, para que en él ejercites tu dominio. Antes de recogerte esta noche, reza, pues, con unción tus oraciones.

Observé con reverencia, por un instante, a aquel hombre cuyos sentidos habían recorrido todos los campos de lo sensible; que de todo se acordaba con claridad; que había dividido en muchas partes su cuerpo, pero seguía siendo uno en cuanto a la sustancia; que con sus claros ojos de deva, sin limitaciones de distancia o proximidad, veía perfectamente los frutos de las acciones como quien contempla la imagen en un espejo; lo observé, digo, y agachando la vista me apronté a obedecer.

Aquella noche oré con un recogimiento del que hacía tiempos no me sentía asistido. En mi corazón me dije:

—Podrán mañana calentarse la luna, enfriarse los rayos del sol, aquietarse el aire y hacerse movедiza la naturaleza de la tierra. Aunque nunca tal se oyó en el mundo, pudieran suceder esas cuatro cosas. Pero nunca podré abrigar duda acerca de las verdades irrefragables que me ha transmitido el Maestro.

Luego, mordí un pedazo de pan y me tendí a dormir.

Al comienzo, vi sólo un estanque de lotos, cuyas flores cerúleas se elevaban hacia mí por encima de las hojas



Claudia Hernández. "Bañistas". Carboncillo/papel. 1.60 × 1.50 cms. 1984.

grandes y coriáceas. Las aguas eran agitadas, de tiempo en tiempo, por animales verdinegros cuyas formas fugaces no alcanzaba a discernir. La atmósfera se advertía inundada de una ambigüedad crepuscular, y comprendí que se trataba necesariamente del crepúsculo de la tarde. Alcé la vista y hallé ante mí una especie de palacete, del cual jamás había tenido noticia, y por la senda que a él conducía, vi a mi anciano padre, como lo recordaba unos cinco o seis años antes de su muerte, venir hacia mí apoyado en un fino bastón. Recogía con la mano izquierda su luenga barba, de una blancura de jazmín, y sus ojos daban una impresión de sosegada tristeza.

—Que goces de paz y quietud —me dijo, con voz mansa—. Que la sabiduría se derrame sobre ti como los fulgores del sol del mediodía.

De pronto, había otras personas con él, entre las cuales creí borrosamente reconocer a mi madre y a mis hermanas. He de apresurarme a explicar que, a esas alturas de mi ensoñación, ignoraba todavía la índole de sueño de aquellas imágenes; creía estar despierto y rodeado del mundo de todos los días. El palacete, por ejemplo, había llegado a adquirir una calidad de objeto cotidiano. La presencia de mi padre no me producía horror, pues en el sueño él no había muerto y a mí no se me alcanzaba que estuviese soñando.

—Hemos —siguió diciendo el anciano, siempre con voz muy dulce— de esperar de ti una merced.

Asentí respetuosamente con los ojos. Mi padre continuó:

—Es preciso que cuides la casa, durante esta noche en que debemos visitar, en la espesura del bosque, al gran rishi. Si llegan huéspedes, has de recibirlos como se merecen.

Un escalofrío agitó entonces mi cuerpo. Recordé, súbitamente, cómo aquel palacete era frecuentado, en ciertas noches, por espectros de personas difuntas. Tragué saliva y dije a mi padre:

—No es agradable la misión que me encomiendas. ¿No podría ir con ustedes a visitar al gran rishi?

Mi padre me miró perplejo.

—Alguien debe quedar a cargo de nuestra casa —sentenció.

Me sentí culpable y volví a asentir con la cabeza, pero aún supliqué:

—Les ruego no tardar demasiado. Recuerden que no todos los huéspedes en esta casa son deseables.

Mi padre pareció no entender; tampoco mi madre y mis hermanas. Les vi alejarse por un sendero bordeado de olorosos sándalos, entonando una música que a mí se me antojó de sonos fúnebres.

Cuando entré en la mansión, era ya noche cerrada. Los objetos —muebles, estatuas, jarrones— parecían avivados por una suerte de trágica expectación. Una imagen de Brahma, con cuatro caras y cuatro brazos, sentado en un enorme ganso cuyo cuerpo daba la sensación de un carapacho de tortuga, discurría lenta y premonitoria entre los trazos de un tapiz. “Elévense vuestras plegarias vocigénitas —pensé— hacia el gran Vishnú...”. Decidí instalarme ante un escritorio con incrustaciones de marfil (el escritorio de mi padre, sin duda alguna) y esperar.

Primero fueron unos arañazos tras el biombo que reposaba frente mío. Traté de hacerme el desentendido. Ese sonido de rasguños en el lienzo bien podía producirlo algún insecto. Pero se oyeron unas risitas y el corazón me

dio un salto mayúsculo. No sólo había *alguien* allí, sino que ya asomaba un rostro risueño tras la tela que ilustraba una ofrenda de flores de loto, con una columna de leones al fondo. Era el rostro de una niña bellamente ataviada, que me hizo una venia. Una segunda niña emergió, para hacer lo mismo, por el otro extremo.

—Tu padre —me dijo la primera— nos encomendó distraerte mientras esperabas. Danzaremos para ti.

Su voz era dulce y llena de calor. Inició unos pasos de danza, con los deditos enfrentados y los codos suspendidos casi a la altura de la adorable cabeza. Por un instante, pensé si debería agradecer a mi padre aquella delicadeza o si, al contrario, era preciso que me percatara de una vez por todas de que se trataba de espectros, por bellos que pareciesen. La última posibilidad era mucho más segura, así que, traicionándome un poco, les dije:

—Preferiría que se fueran. Debo estar solo en esta casa.



Claudia Hernández. “Bañistas”. Carboncillo/papel. 1.60 × 1.50 cms. 1985.

La primera de las niñas me observó con infinita dulzura.

—No. Tú no quieres estar solo —objetó.

Experimenté una devastadora ira. Golpeé la mesa y grité, en tono autoritario:

—No quiero verlas aquí. Ustedes, preciosas niñas, no son más que abominables espectros...

Al pronunciar la última palabra, volví a sentir el desmecedor escalofrío. En las circunstancias en que me encontraba, la palabra *espectro* parecía poseer mayor poder

para sobrecogerme, ay, que los espectros mismos. Las niñas dejaron barruntar un gesto de sorpresa y desaire; luego se entristecieron y desaparecieron otra vez detrás del biombo. Entonces, sin solución de continuidad, golpes rudos estremecieron la puerta.

Fue demasiado. Creí que mi cabeza iba a disolverse en la propia ebriedad del terror. Estaba seguro que algo intolerablemente atroz e impredecible me aguardaba al abrir la puerta. Me erguí, sin embargo, y empecé a avanzar. Entonces, por primera vez, comprendí, no sé cómo, que soñaba y recordé las palabras del Maestro: "Quien sea capaz de ejercer dominio sobre sus sueños mientras sueña, dominará asimismo sus estados de ser en la otra vida".

—Estoy soñando —me dije—. Estoy soñando el sueño que el Maestro me envió para dominarlo. He de dominarlo.

Recordé, además, la frase de mi padre: "Si llegan huéspedes, has de recibirlos como se merecen". Cabía, pues, cavilar muchas cosas y apenas si tendría tiempo de ha-



Claudia Hernández. "Bañistas". Carboncillo/papel. 1.60 × 1.50 cms. 1985.

cerlo en el corto trayecto hasta la puerta. Si el huésped que llegaba era una de esas presencias execrables que abundan en las pesadillas, habría que recibirlo como se lo merecía. Pero, ¿de dónde sacaría fuerzas para dominarlo y vencerlo? Por otra parte, *dominar* el sueño ¿no suponía, más bien, sojuzgar mi fantasía para que la presencia al otro lado de la puerta no resultase ser la de esa horripilación que me prefiguraba, sino la de alguien que

pulsara mis fibras más amorosas y delicadas? ¿Cómo ejercer ese dominio?

Decidí, caprichosamente, que quien golpeaba la puerta, por obra y gracia de mi imaginación, debía ser ni más ni menos que mi Maestro. Mi fantasía *así* lo ordenaba. Cuando abriese la hoja, *así* habría de ser.

Pero no lo fue. Y, por el contrario, el sueño me deparaba (como para informarme, un tanto displicente, que no había logrado gobernarlo) una sorpresa suplementaria: la sorpresa de una noche vacía, con un viento sibilante entre las ramas de los sándalos. Una luna violácea enviaba, desde el cielo, un fulgor de muerte.

Cerré la puerta y quise tornar a mi lugar ante el escritorio. Me preguntaba si el Maestro dirigía aún mi sueño desde su vigilia en el bosque tranquilo, donde su mente era como la única lámpara encendida, o si a estas alturas me dejaba naufragar en él, a merced sólo de mis fuerzas mentales. Entonces vi que, ahora, *él* ocupaba mi sitio frente al mueble con incrustaciones de marfil. Sentí un sobresalto al descubrirlo, pues siendo mi Maestro, y brillando en la penumbra sus penetrantes ojos de deva, sus facciones y su complexión se veían alteradas por ese desafuero inseparable de los sueños, para dar una casi imperceptible, muy sutil sensación de cadáver hablante, de difunto ambulante que intentara persuadirme de su condición de persona viva.

—Maestro —inquirí—, ¿qué haces aquí?

En sus ojos vi algo malvado; su sonrisa se me antojó siniestra.

—He venido a revelarte —articuló con lentitud— el propósito inútil de la misión que te encomendé.

Lo miré sorprendido.

—¿No se trataba, entonces, de aprender efectivamente a dominar los sueños, para ejercer luego dominio sobre el Nuevo Tiempo? Como ves, he fracasado.

El Maestro soltó una carcajada estridente, impropia de él. "Lo sueño, lo sueño mal —pensé—. Ni siquiera sé soñarlo a él, que nunca, nunca reiría de esa manera".

—Tu fracaso es aún peor —anunció—, si tomas en cuenta que no sólo te dormiste esta noche, sino que has muerto. Estás en el Nuevo Tiempo, y no puedes dominarlo.

Una nueva carcajada coronó sus palabras.

—¡Tampoco yo —aulló de repente—, tampoco yo sé dominarlo! Mira, mira...

Y señaló hacia un rincón donde un grupo de espectros (demonios de las sombras) nos observaba con ojos abominables y golosos. Entonces comprendí que me hallaba en la habitación donde me tendí a dormir, y vi mi cuerpo muerto en el lecho, junto al pan que mordisqueé cuando me aprestaba a iniciar la aventura ordenada por mi preceptor. Sí, sí, yo había fallecido y este caos que me rodeaba era precisamente aquel que hubiera debido

aprender a gobernar a través del dominio sobre los sueños. Lancé un feroz alarido...

Y el alarido, aunque ahogado, me despertó. Me despertó a una brusca realidad que, aunque me rodearan unas tinieblas mucho más espesas que aquellas ya perfiladas en la pesadilla poseía toda la calidez de la vida. Tanteé a mi alrededor y, al percibir mi cuarto, el pan mordisqueado, mi propio cuerpo vivo en el lecho, agradecí mi fracaso, el fracaso que suponía el haberme precipitado en aquella absurda pesadilla y no haber sojuzgado las imágenes fantásticas, porque, al fin y al cabo, podría intentarlo una, varias veces más mientras me supiera afincado en el tiempo viejo, en el mundo de los vivientes.

Una angustia me trabajaba, sin embargo. ¿Cómo reaccionaría mi Maestro ante esta derrota evidente de su discípulo, ante el grotesco desorden en que dejó naufragar el sueño enviado? Me vestí y, entre las sombras nocturnas, me apresuré a ir a su encuentro en el bosque, donde mantenía vigilia de años bajo la luna.



Claudia Hernández. "Bañistas". Carboncillo/papel. 1.60 × 1.50 cms. 1984.

Pero el bosque era ahora una confusión de antorchas, portadas por hombres lagrimeantes que me miraban con desolación. Indagué lo ocurrido.

—En un instante ha desaparecido— se lamentaba un individuo de tez cetrina e inmenso turbante—. ¿Quién ostentará nunca cualidades como las tuyas? No hay salvador en el mundo, ahora que se nos ha arrancado ésta nuestra esperanza. Se nos ha cortado el aliento y se nos ha ido. ¿Quién volverá a darnos vida con las aguas

frescas de su doctrina? ¿Quién, como amoroso padre, liberará a toda carne, agobiada de tan grandes pesares?

Me abrí paso entre la muchedumbre. Llegué al centro del círculo humano. Y allí estaba mi Maestro, tendido boca arriba, con el rostro sereno cuyos rasgos nunca más tornarían a reanimar la conciencia.

—¡El despertó al mundo de su sueño! ¡Y ahora que entra en la imponente calma —lloriqueaba una malla—, todo se termina en un sueño sin fin!

Su cuerpo fue acomodado después en una litera de plata, recamada de piedras preciosas, ricamente engalanada de flores y saturada de perfumes. Se le colocó encima un dosel cuajado de pedrerías, sobre el cual todos dejaron caer flores. Sus despojos, dije a los discípulos, habría que preservarlos, pues como no puede destruirse el mundo místico, tampoco sus huesos, a causa de la sabiduría de diamante, pueden perecer. Que rueden los siglos. Mediante sus sagradas reliquias, esparcirá sobre el mundo y sobre las moradas de la vida sus destellos.

—El dijo —pensé— que la sabiduría es la barca de remos con que se atraviesa el piélago del nacimiento y de la muerte. Que es la lámpara resplandeciente que ilumina el mundo tenebroso. Que es el hacha con que el hombre puede abrirse paso a través de la selva del dolor. Tenga bien metido dentro del corazón el hombre iluminado que no va bien con él lo falso y estéril...

Entonces, planeé mi postrer despedida. Volví a abrirme paso entre el gentío y me aproximé a la litera de plata, donde yacía. Al inclinarme sobre su rostro inerte sentí, sin embargo, un escalofrío. Iba a besarlo, cuando recordé la sonrisa siniestra, el visaje malvado de ese rostro en mi sueño. Eché atrás la cabeza y vi, entonces, con estupefacción y horror, cómo el semblante del cadáver acababa de torcerse en aquella misma mueca maligna.

Fue demasiado para mí. Me lancé al suelo, lloré, golpeé la tierra...

Eso soñaba hacer cuando desperté. Mi sueño no parecía haber durado mucho, en el tiempo real, pues mi padre aún fumaba la pipa ante el televisor. Traté de disiparlo bebiendo un sorbo de Coca-Cola, de la botella colocada en la mesilla, junto a mi sillón. En verdad, había sido una memorable pesadilla. Pero ahora debía pensar en preparar mi clase de mañana acerca del concepto de *Hyparxis* en el pensamiento de J. G. Bennett: tercer grado de libertad para pasar de una línea de tiempo a otra. Esta lleva de la mano la idea de una tercera clase de tiempo relacionada de algún modo con el poder de vincular o desvincular lo potencial y lo actual...

Pero, ¡oh Dios mío!..., ¡ese gesto del Maestro!

Nairobi, 1977.